

GLOSA DESDE PARIS

LA CANCIÓN SE MUERE

Hace ya tiempo que el público y la crítica de París venían notando cómo poco decae la canción. Aún recurriendo a ella de vez en vez, el music-hall la mata, porque generalmente la sustituye por medio del sketch o por feéricos desfiles de mujeres desnudas. Y es en vano que pretendan galvanizarla algunos con funciones de gala, semejantes a esa que acaba de celebrarse en La Cigale: lo que iba a constituir fe de vida ha resultado una especie de cariñoso oficio fúnebre, sin perjuicio de titánicos esfuerzos. Sí, la canción expira en el boulevard donde nació, lo mismo que una buena vieja al llegarle su hora.

¿A qué obedece esta muerte inminente? Se habla de una escasez de cancioneros y de cancionistas que no existe. Hoy, igual que ayer, los poetas franceses cultivan de buen grado un género que en otros países muchos varones desdeñan sin motivo; hoy, igual que ayer, tratan de interpretarlo figuras de importancia. Noches atrás, cantaba Damia versos de Richepin; Mistinguett, desde el Moulin Rouge, impone músicas populares; Saint-Grahier, Maurice Chevalier, su *parnaisie* Ivonne Vallée y tantos más no abandonan por completo esta rama artística. Con todo, la canción sucumbe, y parece difícil que renazca pronto.



Vallees y tantos más no abandonan por completo esta rama artística. Con todo, la canción sucumbe, y parece difícil que renazca pronto.

La causa del mal que la asesina reside en el ambiente y en la psicología del pueblo. Francia, que siempre ha acudido a momentos, a revoluciones y a batallas entre sonrisas y esbirillos, deja por el momento de cantar después de haber dejado de sonreír; pierde el humor y se vuelve hosca al modo de los niños envidiosos que rebusan de cara a la pared. Escenarios y cabarets tienden a divertirse con las aires mediocres inspirados por la crisis financiera

o por la xenofobia triunfadora, asuntos de ningún valor estético, cuyo mezquino desarrollo no tarda en aburrir. Para que el odio se revista de hermosura, ha de manifestarse noble, y las cifras se entonan sólo a regañadientes dentro de las escuelas infantiles, no por vía de espectáculo y rolaz. Claro que los autores de rencillas o cotizaciones rimadas, musicadas y agriadas, arguyen que no pueden aprovechar otros motivos mientras siga sin airearse la atmósfera reusada, aunque cabría oponerles que su deber consiste precisamente en airearla; entre tanto, ni la atmósfera se airea ni la canción tampoco.

Su declive repercute allende Francia. Acá se sustituye por variedades de guardarrropía, allá por ligeros cuadrillos de conga, acullá por acrobacias terpsicóricas; pero no cesa de echársela de menos acá, allá y acullá. No cesa de echársela de menos, y, sin embargo, por nada del mundo se consigue que al cabo resucite donde



CHEVALIER



SAINT-GRANIER

MISTINGUETT

IVONNE VALLEE

DAMIA



empieza a extinguirse. También el espíritu soñador que ha prescindido de sus sueños los echará de menos, sin lograr recobrarlos, lo cual explica el caso de este ocano lírico.

Pese a sus livianas apariencias, la canción representa el ideal y las muchedumbres desprovistas de ideales no tararean canciones. Francia, y con ella diferentes patrias, han caído en apatía, a consecuencia de numerosos engaños. Reanimense, y la canción revivirá; póstranse, y agonizará al punto la canción, barómetro del alma colectiva.

¡Cuán lejanas se nos antojan aquellas magníficas jornadas de la Madelon, heroica en su sencillez, que presidiera los combates!... Al entusiasmo y al heroísmo han sucedido la aritmética y los celos, según se olvida el jubiloso canto estimulante, para entonar a media voz, con risa de conejo, cominerías tristes.

GERMAN GOMEZ DE LA MATA